

# EL VALOR DE LA FILOSOFÍA<sup>1</sup>

**Bertrand Russell**

Habiendo llegado al final de nuestro resumen de los problemas de la filosofía, bueno será considerar cuál es el valor de la filosofía y por qué debe ser estudiada. Es tanto más necesario considerar esta cuestión, ante el hecho de que muchos, bajo la influencia de la ciencia o de los negocios prácticos, se inclinan a dudar que la filosofía sea algo más que una ocupación inocente, pero frívola e inútil, con distinciones que se quiebran de puro sutiles y controversias sobre materias cuyo conocimiento es imposible.

Esta opinión sobre la filosofía parece resultar, en parte, de una falsa concepción de los fines de la vida, y en parte de una falsa concepción de la especie de bienes que la filosofía se esfuerza en obtener. Las ciencias físicas, mediante sus invenciones, son útiles a innumerables personas que las ignoran totalmente: así, el estudio de las ciencias físicas no es sólo o principalmente recomendable por su efecto sobre el que las estudia, sino más bien por su efecto sobre los hombres en general. Esta utilidad no pertenece a la filosofía. Si el estudio de la filosofía tiene algún valor para los que no se dedican a ella, es sólo un efecto indirecto, por sus efectos sobre la vida de los que la estudian. Por consiguiente, en estos efectos hay que buscar primordialmente el valor de la filosofía, si es que en efecto lo tiene.

Pero ante todo, si no queremos fracasar en nuestro empeño, debemos liberar nuestro espíritu de los prejuicios de lo que se denomina equivocadamente «el hombre práctico». El hombre «práctico» en el uso corriente de la palabra, es el que sólo reconoce necesidades materiales, que comprende que el hombre necesita el alimento del cuerpo, pero olvida la necesidad de procurar un alimento al espíritu. Si todos los hombres vivieran bien, si la pobreza y la enfermedad hubiesen sido reducidas al mínimo posible, quedaría todavía mucho que hacer para producir una sociedad estimable; y aun en el mundo actual los bienes del espíritu son por lo menos tan importantes como los del cuerpo. El valor de la filosofía debe hallarse exclusivamente entre los bienes del espíritu, y sólo los que no son indiferentes a estos bienes pueden llegar a la persuasión de que estudiar filosofía no es perder el tiempo.

La filosofía, como todos los demás estudios, aspira primordialmente al conocimiento. El conocimiento a que aspira es aquella clase de conocimiento que nos da la unidad y el sistema del cuerpo de las ciencias, y el que resulta del examen crítico del fundamento de nuestras convicciones, prejuicios y creencias: Pero no se puede sostener que la filosofía haya obtenido un éxito realmente grande en su intento de proporcionar una respuesta concreta a estas cuestiones. Si preguntamos a un matemático, a un mineralogista, a un historiador, o a cualquier otro hombre de ciencia, qué conjunto de verdades concretas ha sido establecido por su ciencia, su respuesta durará tanto tiempo como estemos dispuestos a escuchar. Pero si hacemos la misma pregunta al filósofo, y éste es sincero, tendrá que confesar que su estudio no ha llegado a resultados positivos comparables a los de las otras ciencias. Verdad es que esto se explica, en parte, por el hecho de que, desde el momento en que se hace posible el conocimiento preciso sobre una materia cualquiera, esta materia deja de ser denominada filosofía y se convierte en una ciencia separada. Todo el estudio del cielo, que pertenece hoy a la astronomía, antiguamente era incluido en la filosofía; la gran obra de Newton se denomina *Principios matemáticos de la filosofía natural*. De un modo análogo, el estudio del espíritu humano, que era, todavía recientemente, una parte de la filosofía, se ha separado actualmente de ella y se ha convertido en la ciencia psicológica. Así, la incertidumbre de la filosofía es en una gran medida, más aparente que real; los problemas que son susceptibles de una respuesta precisa se han colocado en las ciencias, mientras que sólo los que no la consienten actualmente quedan formando el residuo que denominamos filosofía.

Sin embargo, esto es sólo una parte de la verdad en lo que se refiere a la incertidumbre de la filosofía. Hay muchos problemas -y entre ellos los que tienen un interés más profundo para nuestra vida espiritual- que, en los límites de lo que podemos ver, permanecerán necesariamente insolubles para el intelecto humano, salvo si su poder llega a ser de un orden totalmente diferente de lo que es hoy. ¿Tiene el Universo una unidad de plan o designio, o es una fortuita conjunción de átomos? ¿Es la conciencia una parte del Universo que da la esperanza de un crecimiento indefinido de la sabiduría, o es un accidente transitorio en un pequeño planeta en el cual la vida acabará por hacerse imposible? ¿El bien y el mal son de alguna importancia para el Universo, o solamente para el hombre? La filosofía plantea problemas de este género, y los diversos filósofos contestan a ellos de diversas maneras. Pero parece que, sea o no posible hallarles por otro lado una respuesta, las que propone la filosofía no pueden ser demostradas como verdaderas. Sin embargo, por muy débil que sea la esperanza de hallar una respuesta, es una parte de la tarea de la filosofía continuar la consideración de estos problemas, haciéndonos conscientes de su importancia, examinando todo lo que nos aproxima a ellos, y manteniendo vivo este interés especulativo por el Universo, que nos expondríamos a matar si nos limitáramos al conocimiento de lo que puede ser establecido mediante un conocimiento definitivo.

Verdad es que muchos filósofos han pretendido que la filosofía podía establecer la verdad, de determinadas respuestas sobre estos problemas fundamentales. Han supuesto que lo más importante de las creencias religiosas podía ser probado como verdadero mediante una demostración estricta. Para juzgar sobre estas tentativas es necesario hacer un examen del conocimiento humano y formarse una opinión sobre sus métodos y limitaciones. Sería imprudente pronunciarse dogmáticamente sobre estas materias, pero si nuestras investigaciones no nos han extraviado, nos vemos forzados a renunciar a la esperanza de hallar una prueba filosófica de las creencias religiosas. Por lo tanto, no podemos alegar como una prueba del valor de la filosofía una serie de respuestas a estas cuestiones. Una vez más, el valor de la filosofía no puede depender de un supuesto cuerpo de conocimientos seguros y precisos que puedan adquirir los que la estudian.

De hecho, el valor de la filosofía debe ser buscado en una larga medida en su real incertidumbre. El hombre que no tiene ningún barniz de filosofía, va por la vida prisionero de los prejuicios que derivan del sentido común, de las creencias habituales en su tiempo y en su país, y de las que se han desarrollado en su espíritu sin la cooperación ni el consentimiento deliberado de su razón. Para este hombre el mundo tiende a hacerse preciso, definido, obvio, los objetos habituales no le suscitan problema alguno, y las posibilidades no familiares son desdeñosamente rechazadas. Desde el momento en que empezamos a filosofar, hallamos, por el contrario, que aun los objetos más ordinarios conducen a problemas a los cuales sólo podemos dar respuestas muy incompletas. La filosofía, aunque incapaz de decirnos con certeza cuál es la verdadera respuesta a las dudas que suscita, es capaz de sugerir diversas posibilidades que amplían nuestros pensamientos y nos liberan de la tiranía de la costumbre. Así, el disminuir nuestro sentimiento de certeza sobre lo que las cosas son, aumenta en alto grado nuestro conocimiento de lo que pueden ser; rechaza el dogmatismo algo arrogante de los que no se han introducido jamás en la región de la duda liberadora y guarda vivaz nuestro sentido de la admiración, presentando los objetos familiares en un aspecto no familiar.

Aparte esta utilidad de mostrarnos posibilidades insospechadas, la filosofía tiene un valor -tal vez su máximo valor- por la grandeza de los objetos que contempla, y la liberación de los intereses mezquinos y personales que resultan de aquella contemplación.

La vida del hombre instintivo se halla encerrada en el círculo de sus intereses privados: la familia y los amigos pueden incluirse en ella, pero el resto del mundo no entra en consideración, salvo en lo que puede ayudar o entorpecer lo que forma parte del círculo de los deseos instintivos. Esta vida tiene algo de febril y limitada. En comparación con ella, la vida del filósofo es serena y libre. El mundo privado, de los intereses instintivos, es pequeño en medio de un mundo grande y poderoso que debe, tarde o temprano arruinar nuestro mundo peculiar.

Salvo si ensanchamos de tal modo nuestros intereses que incluyamos en ellos el mundo entero, permanecemos como una guarnición en una fortaleza sitiada, sabiendo que el enemigo nos impide escapar y que la rendición final es inevitable. Este género de vida no conoce la paz, sino una constante guerra entre la insistencia del deseo y la importancia del querer. Si nuestra vida ha de ser grande y libre, debemos escapar, de uno u otro modo, a esta prisión y a esta guerra.

Un modo de escapar de ello es la contemplación filosófica. La contemplación filosófica, cuando sus perspectivas son muy amplias, no divide el Universo en dos campos hostiles -los amigos y los enemigos, lo útil y lo adverso, lo bueno y lo malo-; contempla el todo de un modo imparcial. La contemplación filosófica, cuando es pura, no intenta probar que el resto del Universo sea afín al hombre. Toda adquisición de conocimiento es una ampliación del yo, pero esta ampliación es alcanzada cuando no se busca directamente. Se adquiere cuando el deseo de conocer actúa por sí solo, mediante un estudio en el cual no se desea previamente que los objetos tengan tal o cual carácter, sino que el yo se adapta a los caracteres que halla en los objetos. Esta ampliación del yo no se obtiene, cuándo, partiendo del yo tal cual es, tratamos de mostrar que el mundo es tan semejante a este yo, que su conocimiento es posible sin necesidad de admitir nada que parezca serle ajeno. El deseo de probar esto es una forma de la propia afirmación, y como toda forma de egoísmo, es un obstáculo para el crecimiento del yo que se desea y del cual conoce el yo que es capaz. El egoísmo, en la especulación filosófica como en todas partes, considera el mundo como un medio para sus propios fines; así, cuida menos del mundo que del yo, y el yo pone límites a la grandeza de sus propios bienes. En la contemplación, al contrario; partimos del no yo, y mediante su grandeza son ensanchados los límites del yo; por el infinito del Universo, el espíritu que lo contempla participa un poco del infinito.

Por esta razón, la grandeza del alma no es favorecida por esos filósofos que asimilan el Universo al hombre. El conocimiento es una forma de la unión del yo con el no yo; como a toda unión, el espíritu de dominación la altera y, por consiguiente, toda tentativa de forzar el Universo a conformarse con lo que hallamos en nosotros mismos. Es una tendencia filosófica muy extendida la que considera el hombre como la medida de todas las cosas, la verdad hecha para el hombre, el espacio y el tiempo, y los universales como propiedades del espíritu, y que, si hay algo que no ha sido creado por el espíritu, es algo incognoscible y que no cuenta para nosotros. Esta opinión, si son correctas nuestras anteriores discusiones, es falsa; pero además de ser falsa, tiene por efecto privar a la contemplación filosófica de todo lo que le da valor, puesto que encadena la contemplación al yo. Lo que denomina conocimiento no es una unión con el yo, sino una serie de prejuicios, hábitos y deseos que tejen un velo impenetrable entre nosotros y el mundo exterior. El hombre que halla complacencia en esta teoría del conocimiento es como el que no abandona su círculo doméstico por temor a que su palabra no sea ley.

La verdadera contemplación filosófica, por el contrario, halla su satisfacción en toda ampliación del no yo, en todo lo que magnifica el objeto contemplado, y con ello el sujeto que lo contempla. En la contemplación, todo lo personal o privado, todo lo que depende del hábito, del interés propio o del deseo perturba el objeto, y, por consiguiente, la unión que busca el intelecto. Al construir una barrera entre el sujeto y el objeto, estas cosas personales y privadas llegan a ser una prisión para el intelecto. El espíritu libre verá, como Dios lo pudiera ver, sin aquí ni ahora, sin esperanza ni temor -fuera de las redes de las creencias habituales y de los prejuicios tradicionales -serena, desapasionadamente, y sin otro deseo que el del conocimiento, casi un conocimiento impersonal, tan puramente contemplativo como sea posible alcanzado para el hombre. Por esta razón también, el intelecto libre apreciará más el conocimiento abstracto y universal, en el cual no entran los accidentes de la historia particular, que el conocimiento aportado por los sentidos, y dependiente, como es forzoso en estos conocimientos, del punto de vista exclusivo y personal, y de un cuerpo cuyos órganos de los sentidos deforman más que revelan.

El espíritu acostumbrado a la libertad y a la imparcialidad de la contemplación filosófica, guardará algo de esta libertad y de esta imparcialidad en el mundo de la acción y de la emoción.

Considerará, sus proyectos y sus deseos como una parte de un todo, con la ausencia de insistencia que resulta de ver que son fragmentos infinitesimales en un mundo en el cual permanece indiferente a las acciones de los hombres. La imparcialidad que en la contemplación es el puro deseo de la verdad, es la misma cualidad del espíritu que en la acción se denomina justicia, y en la emoción es este amor universal que puede ser dado a todos y no sólo a aquellos que juzgamos útiles o admirables. Así, la contemplación no sólo amplía los objetos de nuestro pensamiento, sino también los objetos de nuestras acciones y afecciones; nos hace ciudadanos del Universo, no sólo de una ciudad amurallada, en guerra con todo lo demás. En esta ciudadanía del Universo consiste la verdadera libertad del hombre y su liberación del vasallaje de las esperanzas y los temores limitados.

Para resumir nuestro análisis sobre el valor de la filosofía: la filosofía debe ser estudiada, no por las respuestas concretas a los problemas que plantea, puesto que, por lo general, ninguna respuesta precisa puede ser conocida como verdadera, sino más bien por el valor de los problemas mismos; porque estos problemas amplían nuestra concepción de lo posible, enriquecen nuestra imaginación intelectual y disminuyen la seguridad dogmática que cierra el espíritu a la investigación; pero, ante todo, porque por la grandeza del Universo que la filosofía contempla, el espíritu se hace a su vez grande, y llega a ser capaz de la unión con el Universo que constituye su supremo bien.

..

## UNA VIDA DE CALIDAD<sup>2</sup>

**Victoria Camps**  
**Salvador Giner**

«Los ricos son distintos de nosotros», dijo el novelista Scott Fitzgerald a Ernest Hemingway. A lo que éste replicó: «Sí, tienen más dinero.» En efecto, la vida de los ricos es distinta. Lo que no es tan claro es que sea mejor que la de un hombre sensible y cultivado como lo fue Scott Fitzgerald. Sin embargo, ése es el modelo de sociedad creado por la economía de consumo: una sociedad que acumula la riqueza en manos de unos pocos y que tiene como fin primordial el crecimiento económico, en lugar de contribuir a mejorar la condición de todos. No era el modelo de sociedad que previó Adam Smith, el gran defensor del mercado libre. No lo era, pero así ha ocurrido. La sociedad resultante es la que el economista norteamericano John Kenneth Galbraith retrató tan bien en un libro de 1958, *La sociedad opulenta*. Un modelo que rápidamente fue exportado desde Estados Unidos a las sociedades avanzadas de todo el mundo.

¿Es la suya -la de los habitantes de la sociedad opulenta- una vida de calidad? La llamada «calidad de vida» nos importa, pues la expresión (un anglicismo bastante inaceptable que traduce mal el inglés *quality of life*) es cada vez más frecuente en nuestro lenguaje. ¿Sabemos a qué nos referimos, qué queremos, cuando hablamos de calidad? ¿Sólo a la abundancia de bienes materiales? En un mundo tan movido por la codicia y el dinero, ¿pensamos que existe algún otro motivo para vivir que no sea el de ser más ricos que nuestros padres o más ricos que los demás?

Los bienes materiales no son suficientes para dar sentido a una vida humana. El autodomínio, el saber ponerse en el lugar del otro para respetarlo son actitudes inseparables del civismo e implican a su vez un cierto desapego de lo más material e inmediato. La afirmación de que los bienes materiales no son suficientes es un tanto solemne, pero difícilmente discutible. No sólo en teoría: la práctica demuestra que el dinero no es garantía de felicidad. Es una ayuda, ya lo hemos dicho, pero no la panacea para vivir bien. Algunos pensadores dicen que la vida de una persona debería poder consistir en una narración coherente y con sentido. Pues bien, sería una narración muy pobre la que sólo alumbrara el fin de acumular riquezas o acumular poder. Una y otro son buenos si sirven para algo y es ese algo el que puede dotar de sentido -y, en definitiva, de calidad- a la vida de los hombres.

Esa vida con sentido es una vida con otros, en comunidad. El ser humano es un animal sociable, aunque algunos filósofos -como Hobbes- se empeñaron en negarlo. La consecuencia de tal definición es que el punto de vista individual es incompatible con la búsqueda de sentido que requiere la vida humana. La vida personal, individual, es demasiado efímera y breve, sólo dentro de una unidad mayor encuentra su razón de ser. Las religiones han sido una respuesta al anhelo de trascendencia de la vida personal. Otra respuesta la ofrece la vida en común. Spinoza lo dijo de una forma muy bella: los cuerpos son formas de expresión de la naturaleza o de Dios, que para él eran lo mismo. Es cierto: sólo adoptando el punto de vista del universo es posible una vida de paz y

concordia. Adoptar este punto de vista entraña lograr una objetividad serena o, por lo menos, intentar conseguirla, así como tener en cuenta la vida de los demás, además de la nuestra. Pues aunque mis deseos no suelen coincidir con los deseos de los demás, si no queremos aniquilar unos deseos en favor de otros, hay que procurar que el mundo en general sea capaz de satisfacer los deseos de todos. El fin -como han dicho los filósofos utilitaristas- es procurar que el sufrimiento general se reduzca al mínimo. Y, añadimos, que ello no sea a costa de injustos sufrimientos para quienes son minoría.

Hablamos de la acumulación de riqueza y del crecimiento económico. Dicho crecimiento es ciego para los fines capaces de dar sentido y también calidad a la vida. Es ciego puesto que permite que unos tengan demasiado de todo mientras otros se mueren de hambre. Y que sean más los que se mueren de hambre que los que tienen demasiado de todo. Lo vemos en la prensa y en las revistas ilustradas muy a menudo: junto a un reportaje que nos habla de personas que tienen que venderse un riñón para poder comer, aparecen anuncios de coches lujosos, ropas de alta costura, cruceros oceánicos y mobiliarios carísimos. Es el mundo llamado de los dos tercios: un tercio de sus habitantes disfruta a costa del hambre de los otros dos. El mundo de los satisfechos -ha explicado también Galbraith- se mantiene y aumenta su riqueza gracias a condenar al resto a no ver nunca satisfechas sus necesidades básicas.

El crecimiento económico desenfrenado lleva a una explosión de las necesidades. Y esa explosión no sólo es injusta porque las necesidades están más distribuidas, sino que está siendo una amenaza seria para las condiciones de supervivencia del planeta. El mundo está dejando de ser vivible por causa del desenfreno generado por un consumo ilimitado. Los datos hablan por sí solos: desde mediados del siglo xx, el mundo ha doblado el uso per cápita de energía, acero, cobre y madera, se ha duplicado el consumo de carne y se ha cuadruplicado la posesión de coches. Umberto Eco observaba con ironía que cuando todos los chinos usaran papel higiénico, se acabaría la madera de los bosques. Lo mismo podríamos decir del momento en que todos los habitantes del planeta tuvieran coche: el mundo no sería más que una tupida red de autopistas y carreteras por donde poder circular sin límite. Los problemas atmosféricos que genera la economía son de sobra conocidos: el efecto invernadero que está desestabilizando el clima, la lluvia ácida que asola los bosques, los gases que aniquilan la capa de ozono y contaminan las ciudades hasta el punto de tener que racionar el uso de automóviles. Lo que, en principio, pudo ser una señal de progreso, tiene enseguida efectos perversos. Y es así porque la mayoría de innovaciones no se han producido como respuesta a las hambrunas o a las necesidades más elementales, sino como respuesta al hábito imparable de consumir más y más.

Hoy estamos de acuerdo en que por ese camino no mejoraremos nuestras formas de vida. No las mejoraremos, sobre todo, si tenemos en cuenta las dos condiciones que acabamos de desarrollar: los bienes materiales no bastan para vivir bien y el punto de vista para un desarrollo y crecimiento de calidad no puede ser individual, sino universal. Son ambas ideas las que han llevado a una preocupación generalizada por el medio ambiente, por los animales y por unas condiciones de vida más saludables para todos. Los derechos humanos se han ampliado a los llamados «derechos de la tercera generación»: no basta proteger las libertades (derechos civiles y políticos), no basta procurar una igualdad mínima (derechos económicos y sociales), hay que protegerse también contra ciertos avances tecnológicos que contaminan las libertades porque impiden vivir una vida de calidad.

Es cierto, por otra parte, que la preocupación por el medio ambiente ha dado lugar rápidamente a una serie de manifestaciones catastrofistas. Si seguimos contaminando la atmósfera y destruyendo bosques, si no se detiene el ascenso demográfico en la periferia del mundo rico -se han apresurado a pronosticar algunos- se agotarán los recursos del planeta, no habrá sitio para todos y pereceremos inmolados por nuestra insaciabilidad. Sin embargo, las respuestas catastrofistas sólo merecen ser escuchadas con cautela. Es cierto que el desastre ecológico debe ser detenido. Pero también lo es que la concienciación ecológica se ha extendido en muy poco tiempo y sigue abriéndose camino. Hace treinta años, no se conocía apenas la palabra «ecología». Hoy, todos la usan y defienden con entusiasmo sus contenidos. La conciencia ecológica adquirida en poco tiempo es una de las muestras más claras de que es posible educar cívicamente a las personas.

No queremos decir, al tomar nota de estas señales esperanzadoras, que todo esté resuelto. Hay mucho por hacer y será costoso hacerlo. Preservar el medio ambiente es contradictorio con una economía que pretende, por encima de todo, ser eficaz. Las primeras multas y penas a ciertos empresarios que contaminan los ríos con sus residuos son una prueba de que la inercia natural de las empresas va por otro lado: se piensa poco en la naturaleza y mucho en ganancias propias. La rentabilidad a corto plazo es incompatible con el abuso del medio ambiente. No obstante, ése es un ámbito que nos afecta a todos y donde el consenso parece que se consigue más fácilmente. Tenemos las calles más limpias, estamos aprendiendo a seleccionar la basura, empezamos a reciclar recursos, nuestras playas son más apetecibles. Un poco más de insistencia de los poderes públicos quizá conseguiría un uso más racional del transporte público y una atenuación de los muchos ruidos que no nos vuelven locos simplemente porque somos un país ruidoso e insensible al ruido. Pero pagamos un precio: somos gentes poco dadas a la reflexión, al análisis y a un saludable ensimismamiento.

También se ha transformado la percepción de lo que es la alimentación sana. El consumo excesivo de carne ha multiplicado artificialmente la producción animal y ha hecho que todo se mezclare y se deteriorara. El pollo ha pasado de ser el manjar de las fiestas de nuestra infancia a algo que puede consumirse todos los días pero que no sabe ni a carne ni a pescado. Hay productos lácteos en abundancia, pero dudamos de que sean genuinos. Los defensores del consumidor nos advierten ante el queso elaborado con patata y el yogur a base de margarina. La abundancia significa cantidad y empieza a echarse de menos la calidad de lo más auténtico. A la sospecha de ser engañados se añade el furor sanitario por la vida sana que ha obligado a revisar muchos hábitos y costumbres y ha introducido temores desconocidos hasta hace poco. Nos hemos medicalizado en exceso.

Los temores se extienden a la salud del alma, o del equilibrio anímico. Nunca hubo tanto estrés, tantas depresiones, tantas paranoias como ahora.

Nunca fueron tan imprescindibles los psiquiatras. Ciertamente en este asunto, como en otros, es difícil saber qué fue antes, si el órgano o la función: ¿son los enfermos mentales los que demandan psiquiatría o es la psiquiatría la que crea enfermedades mentales? ¿En qué extremo está la verdad? El hecho de que un bestseller en España durante más de un año sea un libro llamado *Inteligencia emocional*, induce a sospechar que las emociones y los sentimientos están pidiendo más atención. La falta de cariño y

un deficiente cultivo de los sentimientos son rasgos que caracterizan nuestra época. En general, pues, no escasean las señales de alarma, que infunden sospechas varias sobre nuestras formas de vivir. Lo cual no sería objetable en absoluto si estuviera dirigido a crear una conciencia más solícita y pendiente del futuro, no sólo para nosotros, sino para nuestros descendientes. Ahí debería inscribirse el civismo como adquisición de hábitos destinados a crear esa vida de mayor calidad que nos conviene a todos. El respeto por la naturaleza y por los animales, la preocupación por la herencia que vamos a dejar a las generaciones futuras, el cuidado de la salud, la inquietud ante un mundo en que el hambre coexiste con el lujo, todo eso son fines buenos, capaces de dar sentido a la vida de los hombres en la medida en que pueden aliviar su sufrimiento y aumentar las condiciones de felicidad.

Esos fines indiscutibles como objetivos fundamentales de la vida colectiva precisan de actuaciones políticas -las llamadas políticas públicas- pero también de disposiciones individuales acordes con ellas. No basta con que los poderes públicos se preocupen de adecuar la recogida de basuras a las necesidades de un reciclaje más ecológico. No basta, si los ciudadanos no colaboran respondiendo a las iniciativas públicas. Tampoco es suficiente disponer de unos bienes públicos -prestaciones sanitarias, transportes, parques- si el ciudadano no se compromete a comportarse bien en el uso y goce de los mismos. No sólo debe poner algo de su parte en el cuidado de los bienes públicos, sino intentar no defraudar gas tanto más de lo imprescindible o abusando de los servicios. La propiedad pública es propiedad de todos y a todos corresponde velar por su conservación e incluso su gestión. En definitiva, la vida de calidad no es algo que pueda sernos dado por el beneplácito de nuestros administradores y políticos. Es algo que hay que inventarse e ir construyendo paso a paso y entre todos. Se trata, sobre todo, de adecuar los bienes públicos -el aire, los bosques, las playas, los ríos- a las necesidades que vamos descubriendo.

Pero hay, por lo menos, dos peligros frente a los que debemos estar precavidos. El primero es el peligro de mercantilizar esa preocupación por la vida de calidad de la que es buena muestra la preocupación por el medio ambiente. Estamos tan viciados por la economía de consumo que es muy difícil que algo pueda escapar a su dinámica. Así, enseguida han proliferado los «productos ecológicos» que, en muchos casos, no son sino una estrategia para vender un producto nuevo. La economía de consumo se nutre y nos nutre de modas que no pueden venderse como tales, sino que deben camuflarse bajo ropajes más serios. Muchos productos dietéticos, naturales, preventivos de esta o aquella enfermedad vienen recubiertos de una apariencia científica. Así, lo que, en principio, era una buena ocasión de educación cívica, acaba siendo lo opuesto: una ocasión para consumir más y alimentar la ideología de la prosperidad o de la opulencia.

El segundo peligro es más filosófico. Consiste en olvidar que, si necesitamos formarnos cívicamente y respetar a los demás y a nuestro entorno, es porque somos capaces de ver las cosas desde una perspectiva humana. El furor ecologista, que ha pasado rápidamente de ser la bandera de unos grupos y organizaciones sociales, a engrosar las páginas programáticas de los partidos políticos, puede hacernos creer fácilmente, pero también erróneamente, que el respeto a la naturaleza es un fin en sí mismo, que incluso debe anteponerse a cualquier otra cosa. A veces contemplamos con asombro cómo la vida de un oso o de un pino provoca más adhesiones y solidaridades que la vida de una persona. O vemos cómo la defensa de una especie de peces en extinción puede parar la

construcción de una presa quizá fundamental para abastecer de agua a una comunidad humana.

Hay que recordar siempre que los derechos humanos son derechos individuales, y no caer en confusiones que acaban anulando esa idea fundamental. Son las personas las que tienen derecho a la libertad, a la igualdad y a unas condiciones de vida en un medio ambiente de calidad. «Los seres humanos constituyen el centro de las preocupaciones relacionadas con el desarrollo sostenido», dice la Carta de la Tierra (1992), uno de los textos emblemáticos en defensa del medio ambiente. Así lo expresa también la Constitución española: «Todos tienen derecho a disfrutar de un medio ambiente adecuado para el desarrollo de la persona, así como el deber de conservarlo» (art. 45.1). Los derechos del individuo son, en efecto, una prolongación y concreción del respeto fundamental a la dignidad de toda vida humana. Frente a ello hay que decir con una cierta fuerza y convicción que no deben competir en derecho los vegetales, los animales, la biosfera y los humanos. La idea de una interdependencia ambiental puede conducir fácilmente a la consagración de una naturaleza con derechos propios, lo cual sería aberrante desde la concepción de los derechos humanos.

En temas como el que estamos tratando hay que distanciarse fervientemente de un cálculo utilitarista cuyo fin es la maximización del bienestar o la minimización del sufrimiento general del universo. En dicho cálculo, los animales cuentan tanto como los humanos y la vida de una especie animal puede acabar valiendo lo mismo que la vida humana. La medida empírica del bienestar es casi imposible y basarse sólo en ella siempre provoca actitudes equivocadas. Decir que el valor del medio ambiente deriva de su funcionalidad con respecto a la vida y a la especie humana no es decir una insensatez. Al fin y al cabo es la sensibilidad humana la que lleva a estimar unas virtudes en la naturaleza y a reconocer una sensibilidad animal que no puede ser dañada sin que quede dañada al mismo tiempo la misma dignidad humana. Es esa perspectiva la que lleva a rechazar ciertos juegos y sacrificios de animales totalmente gratuitos o sin justificación posible desde el punto de vista de la propia humanidad.

Hemos empezado hablando de un modelo de sociedad donde el crecimiento económico y la riqueza individual es el fin más prominente. La idea del mayor bien para el mayor número de personas se ha convertido en esta otra: el mayor producto per cápita para el mayor número. Está claro que la vida de calidad no se identifica con dicho criterio pues los altos ingresos per cápita son promedios que suelen ir acompañados de desigualdad, miseria y humillaciones tremendas. Hay que corregirlo, pero no para arrinconar nuestras necesidades a favor de las necesidades de generaciones futuras o en favor de vidas no humanas. Hay que decir, por el contrario, que las necesidades básicas de los individuos actuales tienen prioridad sobre las de los individuos futuros, pero las de los individuos futuros deben tener prioridad sobre las necesidades triviales de los individuos presentes. No hace falta seguir insistiendo en la urgencia de realizar lo que se desprende de este último criterio. Distinguir entre lo trivial y lo necesario para poder vivir mejor. Y para que puedan vivir mejor nuestros descendientes. Que el civismo y la cooperación son imprescindibles para mejorar la calidad de la vida es demasiado obvio. Se trata, en definitiva, de cuidar y conservar lo que no es patrimonio de nadie en privado porque es esencialmente público. No hay leyes ni políticas que consigan ese objetivo si no cuentan, al mismo tiempo con la buena voluntad de los ciudadanos y con su connivencia.

---

<sup>1</sup> Tomado de: *Los problemas filosóficos*, Bertrand Russell. Editorial Labor, 1995

<sup>2</sup> Tomado de: *Manual de civismo*, Victoria Camps, Salvador Giner. Editorial Ariel, 1998.